



miento que da Paz, ahora, y Chumacero, entonces, a la influencia, por llamarla de algún modo, de Supervielle). Un par de dudas más: (como pedirle al virtuoso que agote su repertorio en una sola velada): la vertiente erótica de XV quizá escape un poco a la definitividad que sugiere Paz, en tanto que se antoja más plagada de alusiones y elusiones, de una sexualidad que se acepta como clandestinaje y así se ejerce, cargada de orgasmos disimulados, *intrigados*, e intemperancias solapadas. Quizá sea a eso a lo que Paz se refiere —“sombras, ecos, reflejos”— pero, quizá extrañando el tratamiento que del asunto realizó Paz en, por ejemplo, Darío, no se hubiera recibido mal una breve desviación hacia ese tema villaurrutiano (tan desvirtuado por Moretta en su tesis publicada por el F.C.E.) del transgresor nocturno, de atmósfera de fechoría, de hoteles de mala muerte y sujetos imprecisos. Otra: quizá sea otra de las actitudes beligerantes a que aludía arriba, pero ¿no se podría considerar si entre Agustín Lazo (el pintor que tiene tan desarrollado el sentido de la equidad que siempre responde a una pregunta con otra, como decía XV) y la crítica plástica del poeta existe alguna relación que permite otorgar el beneficio de la duda a algunos comentaristas para quienes las ideas del poeta tenían demasiadas deudas con las del pintor? La última: difícil como indudablemente es deslindar los premios (en el sentido cinegético del término) entre los demasiado atentos lectores que fueron los contemporáneos de la cultura europea, cabría recordar, cuando Paz dice que XV se distinguió de sus compañeros de generación por su afición a Pirandello, que Torres Bodet, en los primeros números de *Contemporáneos*, ya comentaba sus libros y que incluso en un número que dedicó a Proust (en la sección “Motivos”) Torres Bodet sólo ponía por encima, en el índice de sus preferencias, del autor de *La busca...* al dramaturgo italiano.

Paz es un ensayista que por la espectacularidad de su estilo y su capacidad especulativa nos tiene acostumbrados a la sorpresa. Sus facetas son impredecibles y suelen cuajar en textos gratamente valiosos. En este libro se revela como sabroso escritor de memorias que sólo peca en lo magro de la ración. El otro interés, el de comentar “un momento de nuestra cultura”, trae como colación el comentario de sí mismo en tanto cómplice inevitable, lo que también es gratificante. Paz ha dicho, con sus palabras, parafraseando a

Villaurrutia, “su nocturna agonía” con su meridiana inteligencia.

Guillermo Sheridan

* Octavio Paz, *Xavier Villaurrutia en persona y en obra*. Fondo de Cultura Económica. México, 1978.

La poesía de Hugo Gutiérrez Vega

No sería imposible ni teóricamente erróneo identificar la voz de un poeta como Hugo Gutiérrez Vega, a través de cuanto le debe a la de algunos maestros de la lírica contemporánea (pocas investigaciones autobiográficas tendrían utilidad para un análisis de este tipo): ¿Apollinaire?, ¿Lowell?, ¿López Velarde?, ¿Eliot? o, entre los italianos, ¿Ungaretti o Montale? No es seguro, sin embargo, que la demostración de dichos parentescos literarios serviría para aclarar el definitivo “*Por qué*” de la obra de este poeta mexicano contemporáneo; y ni siquiera, tal vez, lograría justificar en sí una presentación antológica de sus poemas (de 1965 a 1977) en donde necesariamente se registran experiencias que para el Autor, hoy en día, han sido superadas.

Por el contrario, es un hecho que Gutiérrez Vega merecía sobradamente ser traducido para un público más amplio que el hispano-americano, por lo que él está en condiciones de dar a un lector, que podríamos definir sin adjetivos. Dejando a un lado, anticipadamente, toda implicación negativa, nos sentimos autorizados para afirmar que su poesía pertenece, de alguna manera, a la categoría de las cosas *útiles*; en un mundo cada día más consumista su trabajo poético podría, paradójicamente, pero con todo derecho, exigir la etiqueta y el crédito reservados a un auténtico bien de consumo. El hecho cotidiano, la pasión, el estremecimiento de existir, cohabitan ahí en una clave sutil y atrayente; se alternan con pasajes, a veces también imprevistos, pero siempre comedidos, por no decir educados. En el obscuro caos de hechos y emociones cotidianas, su poetizar es una discreta regla de cálculo del corazón, que no miente sobre los “números bajos” y que evita las distracciones de la crónica. Puede parecer fácil (y no lo es) lograr no perder *todo* lo de un día vivido (“¡Hemos caminado juntos un buen trecho. / Justo

es decir que casi todo el tiempo / viajamos con las manos enlazadas. / Estabas ahí, en la tarde, / bajo la niebla resplandeciente”) o solamente aceptar la vida por lo que ha sido y, sobre todo, por lo que no ha sido (“Mientras me dices / que ya estás cansada del café, / de los huevos fritos / y de la pedagogía activa, / haces cuentas, las siempre / equivocadas cuentas optimistas, / y te ríes de lo que pasó anoche”). Para llegar a estas conclusiones, es sin duda indispensable ser “un señor domesticado / que escribe versos / y gesticula en los parques” y, además, perfectamente consciente de que sería mejor, ya que no puede evitarlo, “escribir solamente en los retretes / alumbrado por fósforos, / hacer grandes graffiti con carbón / y terminarlos con la punta de la nariz”.

La poesía de Gutiérrez Vega es extraordinaria, casi socarronamente rica de estos sorprendentes balances cotidianos (he aquí por qué es útil) que se encuentran diseminados y disimulados por una ironía discreta y parsimoniosa, y que alcanzan, hasta en sus momentos más arduos y arriesgados, una estupenda ligereza: “Da risa habernos querido tanto. / Tenemos los brazos cansados, / las piernas destrazadas. / Esto da mucha risa”. Por esto en la antología no hemos dudado en abarcar una gama tan amplia. En ella un lector exigente (¿o culturalmente predisuesto?) podrá notar tal vez con un poco de desconcierto que no logra identificar con seguridad un “desarrollo”, una línea tranquila y monocorde (¿pero es que la existencia es así?). Sin embargo, de seguro no se le escaparán, aún entre los desniveles y las desigualdades, la exquisitez de unos instantes en los que la “la vida es sueño” (“Te reconstruyo: leve temblor de niebla, / brisa opaca bajo el sol declinante. / De nuevo mis manos te conocen, / El aire es la materia / que suple tus ausencias”); o la innegable angustia —que un lector italiano no dudaría en definir montaliana— temida por el hombre moderno en cualquier esquina de la calle (“No hay más realidad / que esta pálida espera, / no hay más voces / que las del miedo oculto / tras la sombra / de esta noche interminable / que se desploma / sobre el jardín”).

Por las variedades de sus registros, la poesía de Hugo Gutiérrez Vega nos hace pensar, más que en un deliberado movimiento estratégico, en una ronda por diversos frentes, en una vigilancia serena y permanente que no se frustra por la ausencia del gran acontecimiento; más bien,



a veces, sabe sonreír ofreciendo afablemente un espacio hasta para lo irrelevante ("El día andaba ya por los corredores / abri llantando las plumas del pájaro ciego / jugando un rato con los peces anhelantes / en su marecito engañoso, / y con el caracol de filis negros / en su playa de cristal"). Y es ésta, tal vez, su mejor lección: una antirretórica paciente, atrevida, sobre el filo de la banalidad siempre al acecho, que se defiende con armas indestructibles e inocuas ("Hasta tu mausoleo llegarán mis proyectiles: / pasteles de crema, / helados de frambuesa"). Y que otorga, al final, los únicos premios disponibles para los vivos, aún más allá de la muerte, cuando podamos decir de nosotros mismos: Tu memoria no se detuvo nunca.

Gabriel Sardo

Introducción del libro *Antología bilingüe (Italiano-Español)* de Hugo Gutiérrez Vega Instituto Italiano, 1978

Tres poemas de antes

Tres poemas de antes de Rubén Bonifaz Nuño es un libro de poemas, ilustrado con dibujos de Elvira Gascón, que ha sido publicado recientemente por la Universidad Nacional Autónoma de México, Coordinación de Humanidades, junio 1978, 63p.

Este libro, contiene tres partes claramente delimitadas: la primera, "Acaso una palabra"; la segunda "Llagas, flores caducas"; la tercera, "Cuando pasen los años". Juntas suman veintiún poemas cuantitativamente balanceados ya que contienen siete poemas, la primera y segunda partes; ocho, la tercera. Poemas breves, máximo dieciséis versos; mínimo, ocho. El léxico es sencillo, las imágenes claras y sugerentes. El tipo estrófico elegido es el del soneto y la silva, ambos formados métricamente por versos heptasilabos



y endecasílabos de impecable belleza formal. Sonetos y silvas se presentan alternadamente y en su brevedad concentrada revelan la visión del mundo del poeta.

PRIMERA PARTE (p. 6-21). "Acaso una palabra" son siete poemas de amor. Pero el canto del poeta hacia la amada es un canto amargo, dirigido hacia un amor cambiante, transitorio, escéptico, vigente sólo en un pasado lejano y pretérito, amor borrado al presente por el tiempo destructor del sentimiento. ¿Qué quedó de ese amor en el presente? Nada: "un gusto de fatiga y un insomnio / que rinde el sueño, y una sombra" (7)¹. Sentimiento barroco del desengaño que recuerda a Góngora ("en tierra, en humo, en polvo, en sombra, en nada")² o a Sor Juana Inés de la Cruz ("es cadáver, es polvo, es sombra, es nada")³. La emoción poética en torno al desengaño de amor se va precisando en un rosario de momentos líricos: *posesión fugaz de la amada* por virtud de la palabra del poeta: "Y saber un instante, / el anudado instante en que lo digo, / puedo tenerte asida y me detengo." (7). *Insomnio* "Estoy en vela" (9). *Transitoriedad y reproche*: "Si todo se ha de ir, ¿por qué llegaste?" (3). *Escepticismo*: "que nadie muere / de ausencia, que se olvida, que un lamento / se repara con otro" (3). *Transitoriedad ontológica*: "hasta tus mismos ojos al mirarme / de nuevo, si me miran, serán otros" (13). *Estoicismo* ante la inevitable desaparición del amor: "Y esta sed miserable que no quiere perderte, acabará" (3). *Desengaño clarividente* ante la falsa apariencia de juventud: "fue sólo anuncios del otoño triste / la verde lumbre de la primavera" (5). *Menguado valor del objeto amado*: "Eras (tú)... la luz dudosa y la amargura cierta" (6). *Estragos del pasado del tiempo*; también la amada pasando: "Múdanse los años / y tú con ellos" (7). Y la trágica conclusión: "fuiste, ya no eres" (7). *Inutilidad* del tiempo gastado en un amor transitorio que sólo deja como huellas jirones de luz: "El tiempo que nos dimos gota a gota, / ¿en dónde está? No queda ya mucho más que un alba mutilada" (7). *Lejanía y distanciamiento* del amor de antaño: "¿Qué lejano, / de pronto aquel amor" (7). Todos los signos señaladores del amor, contribuyen a la caracterización del mismo y señalan la relación amorosa hacia la amada y cristalizada en algo transitorio, fugaz, inútil, lejano.

SEGUNDA PARTE (p. 23-39). "Llagas, flores caducas". Páginas luminosas de *Tres poemas de antes* por la presencia de la

